

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

# **Prolegómeno de una nación: la Guerra Civil Norteamericana.**

Valeria Carbone.

Cita:

Valeria Carbone (2005). *Prolegómeno de una nación: la Guerra Civil Norteamericana. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/747>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

Xº JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA  
Rosario, 20 al 23 de septiembre de 2005

**Título: Prolegómeno de una nación: la Guerra Civil Norteamericana.**

Mesa Temática: 79

Pertenencia institucional: Universidad, Facultad y Dependencia

Autor/res: Valeria Carbone, Estudiante

Dirección, teléfono, fax y dirección de correo electrónico

La llamada Guerra Civil Norteamericana (1861–1865) fue un conflicto armado que estalló entre los Estados del Norte de Estados Unidos – quienes pugnaban por mantener unido al país – y los secesionistas *Estados Confederados de América*, 11 estados sureños<sup>1</sup> que se propusieron luchar por su independencia y defender la institución que definía sus estilos de vida: la esclavitud.<sup>2</sup> Tanto por sus causas como por sus consecuencias, la guerra civil no solo se constituye como uno de los acontecimientos fundamentales de la historia norteamericana, sino probablemente en el fundamental ya que, en cierta forma, convirtió a Estados Unidos en una Nación, algo que hasta ese momento no era. Y el desenlace del conflicto tuvo gran incidencia en esa construcción de Estados Unidos como Nación.

James M. McPherson, un destacado historiador de la Guerra Civil Norteamericana, ofrece un interesante análisis acerca de las interpretaciones de cómo y por qué la guerra fue ganada por uno de los contendientes y perdida por el otro.<sup>3</sup> Según el autor, partiendo de la pregunta “¿por qué el Norte ganó la guerra?”, las interpretaciones “externalistas” han puesto el acento en la disparidad en recursos económicos, materiales y humanos entre el Norte y el Sur, para concluir que las enormes diferencias a favor del primero fueron las que condujeron a una prácticamente inevitable victoria de la Unión. Por su parte, las interpretaciones “internalistas” se centraron en el interrogante de “¿por qué el

Sur perdió la guerra?”, y hacen hincapié en la situación interna – disensiones, discrepancias políticas - que atravesó la Confederación durante el conflicto como eje para explicar la derrota. Según el autor, este tipo de interpretaciones fueron las que le permitieron a la población blanca sureña reconciliar la realidad de la derrota con la “nobleza” de la causa por la que luchaban. Así, la victoria del Norte sobre la Confederación no respondía a la falta de coraje o de capacidad militar de sus tropas, o a pobreza o ausencia de liderazgo o porque su lucha no lo ameritara, sino a causas absolutamente ajenas a ellas<sup>4</sup>.

Si bien estas tradicionales interpretaciones pueden parecer plausibles en una primera instancia, actualmente son versiones cuestionadas por muchos historiadores. Partir de teorías tales como la “disparidad de recursos” como elemento explicador de la victoria norteña, de alguna manera pone en tela de juicio la capacidad de los líderes políticos y militares de la Confederación al decidir ir a una guerra en donde la derrota era “inevitable”. Y lo cierto es que tanto el Norte como el Sur contaban antes de la guerra con una serie de ventajas relativas que podían resultar favorables para imponerse sobre el otro y decidir el conflicto en su favor.

Hacia la década de 1860, el Norte tenía una población de aproximadamente 19 millones de hombres libres – potencial fuente de fuerza militar humana, que durante los tiempos de guerra se vio favorecida por la llegada de más de 1 millón de inmigrantes –, contra 9 millones de habitantes que residían en los Estados del Sur, 3.5 de los cuales eran esclavos<sup>5</sup>. Sumado al factor demográfico, la Unión contaba con abrumadoras ventajas financieras e industriales. El vasto complejo industrial que se extendía de *Wilmington* a *New York*, se había convertido entre 1840 y 1860 en la zona de más rápido crecimiento del mundo: en 1840 el valor total de los bienes manufacturados había alcanzado los \$ 483 millones, prácticamente cuadruplicándose para 1860 hasta

alcanzar los casi \$ 2 billones <sup>6</sup>; y tan solo el Estado de *New York* podía producir cuatro veces más artículos manufacturados que todos los estados secesionistas.<sup>7</sup> Además, el Norte fabricaban el 97 por ciento de las armas de fuego del país, creciendo su producción durante el desarrollo de la guerra civil hasta alcanzar un total de 5000 rifles por día, a diferencia de su contraparte sureña que solo llegó a producir 100. No de menor importancia es el hecho de que el Norte contaba con cerca de 35 mil kilómetros de vías férreas (contra los 15 mil de la Confederación) que facilitaron enormemente las comunicaciones, traslado y abastecimiento; y producía el 96 por ciento de las locomotoras del país.

Pero las grandes diferencias entre ambas regiones también se evidenciaban en otras áreas, en una correlación de fuerzas netamente favorable a la Unión de Estados Norteamericanos: 10 a 1 en producción fabril, 15 a 1 en producción metalúrgica, 38 a 1 en producción de carbón, 412 a 1 en producción de trigo y 2 a 1 en maíz, 14 a 1 en producción de manufacturas textiles, 25 a 1 en tonelaje de buques mercantes, 3 a 1 en superficies destinadas a granjas, 1.8 a 1 en animales de tiro y 1.5 a 1 en ganado<sup>8</sup>. Esta enorme capacidad productiva del Norte sería la que haría del Ejército de la Unión el mejor equipado en alimentos, calzado y vestido, y el más abundantemente provisto de municiones que el mundo había visto hasta el momento. Por su parte, la única producción en la que el Sur tenía ventajas era el algodón: 24 a 1, ventaja que luego se vería enormemente reducida debido a la superproducción – en el Sur – y en el acopio – fuera del Sur – durante la escalada del conflicto.

A pesar de esta enorme disparidad en recursos económicos, materiales y humanos a favor de la Unión, ello no constituía una condición “suficiente” para lograr una victoria indefectible sobre el Sur. Es decir, si bien eran ventajas “necesarias”, no bastaban como para asegurar la victoria sobre una Confederación que lejos estaba de considerar que su

causa estuviera predestinada a la derrota. De hecho, el Sur contaba con una serie de ventajas estratégicas, políticas y militares que podían inclinar la balanza en su favor. En primer lugar, dado que el Sur estaría combatiendo en su propio territorio – con todas las ventajas que ello representaba -, se presentaba el hecho de que la Confederación solo debía aplicar una estrategia “defensiva”, es decir, defender su propio terreno lo bastante como para hacer que el Norte se cansara de la guerra y abandonara la lucha (*estrategia de agotamiento*). En cambio, la Unión, para poder derrotar a la Confederación, tenía que ocupar un territorio casi tan grande como toda Europa Occidental y conquistar a un pueblo en busca de su independencia. Una paz negociada u otro resultado que no implicara una rendición incondicional de los Ejércitos Confederados y la supresión de su gobierno, habrían representado algo así como un privilegio para los Estados del Sur dentro de la Unión, sino su independencia; lo que hubiera significado una victoria sureña en uno u otro caso.

Militarmente, el sur, al estar a la defensiva, no requeriría de enormes ejércitos o formidables equipos como lo haría de estar montando una ofensiva; y además, contaba con los mejores y más competentes oficiales del Ejército Norteamericano. De gran reputación y enorme experiencia militar, los más destacados generales del Ejército Federal decidieron, al momento de la secesión, permanecer fieles a sus Estados y renunciar a sus cargos militares para unirse a las fuerzas de la Confederación: el virginiano Robert E. Lee (graduado segundo de su clase en *West Point* en 1829, tuvo una destacada carrera militar, era veterano de la Guerra con México, y había sido director de la mencionada Academia Militar en 1852), Thomas “*Stonewall*” Jackson (graduado en *West Point* en 1846, participó en la Guerra contra México y fue profesor del Instituto Militar de Virginia), Pierre G.T. Beauregard (de Louisiana, graduado segundo de su clase en *West Point* en 1838, academia en la que luego se desempeñaría

como Director durante un corto período en 1861, y veterano de la Guerra con México), James E. B. Stuart (veterano de la guerra contra los indígenas y reconocido teniente de las Fuerzas de Caballería), Joseph E. Johnston (virginiano, graduado en *West Point* en 1829, fue el militar de más alto rango – Brigadier General - que renunció a su cargo en el Ejército para luchar por la causa confederada), A. P. Hill (virginiano, graduado de *West Point* en 1847, en 1861 tenía el grado de Teniente General del Ejército), entre muchos otros.<sup>9</sup> En contraposición, el Ejército de la Unión – de tan solo 16.000 hombres – tenía generales que, en los papeles, carecían de la capacidad y experiencia militar de los oficiales sureños, o se encontraban alejados de la vida militar desde hacía largo tiempo (Ulysses S. Grant, William T. Sherman, George McClellan, George A. Custer, Benjamín Buttler, George Meade, entre otros<sup>10</sup>); y muchos otros brillantes oficiales, como Philip Sheridan e Irvin McDowell<sup>11</sup>, que quedaron confinados al mando de pequeñas unidades hasta ya empezada la guerra.

Los Estados Confederados supieron además prepararse para enfrentar un conflicto bélico: se apoderaron de los arsenales y astilleros de Estados Unidos que quedaron dentro de sus límites, consiguieron recibir municiones del Norte y de Europa, organizaron los Ejércitos de los Estados, y el Presidente de la Confederación, Jefferson Davis, pidió a principios de 1861 una leva – rápidamente cubierta – de 100.000 voluntarios con enganche para 12 meses. Esto respondió a que, al menos en un principio, los sureños parecían tener mayor facilidad para improvisar soldados, pues casi todos, dado el género de vida de las plantaciones, estaban ya acostumbrados a montar a caballo y utilizar armas de fuego para defender sus propiedades.<sup>12</sup> Y si bien pronto los dos ejércitos quedaron en igualdad de condiciones en lo que se refiere a capacidad combativa – el presidente norteamericano Abraham Lincoln solicitó voluntarios para el ejército, 15.000 primero y 40 regimientos de 1050 hombres cada uno

después para un período de tres años - la superioridad de los mandos confederados era innegable. Ello se tradujo en una superioridad “táctica” en el campo de batalla, que como veremos más adelante, se contrapondría a la superioridad “estratégica” del Norte en el teatro de operaciones.

Otro aspecto que los sureños estaban convencidos de tener a su favor era contar con un factor económico y diplomático que potencialmente podría asegurarles el apoyo de los países europeos: el algodón. La Confederación creía firmemente que países como Gran Bretaña – que durante la década de 1850 había importado el 80 por ciento de su algodón de Norteamérica - y Francia – debido a su “enorme” dependencia del algodón sureño - intervendrían ya fuese para poner fin al conflicto o para colaborar con el esfuerzo de guerra confederado, con el solo objeto de garantizar que este producto continuara fluyendo a través del Atlántico. Sin embargo, como más adelante se haría evidente, la superproducción y el acopio preventivo anterior a la guerra condujeron, en abril de 1861, a una sobreoferta algodonera del 50 por ciento en el mercado británico. Sumado a ello, durante el conflicto, el Sur – en una especie de estrategia diplomática de presión - no solo redujo su producción algodonera, sino que decidió la quema de cargamentos listos para la exportación, desalentando el comercio con el exterior.<sup>13</sup> Inglaterra – mayor importador del algodón sureño - comenzó entonces a proveerse de algodón de Egipto e India, e incluso – durante la Guerra – de Estados Unidos, a través del Norte.

Finalmente, la “diplomacia del algodón” resultaría en fracaso para la Confederación. La dependencia de los mercados europeos de su producto no era tal, y además existía un fuerte lazo económico entre el viejo continente y el Norte americano que los sureños parecieron no tomar en consideración: el establecido por el trigo. Las importaciones inglesas de trigo norteamericano eran ya importantes antes de la guerra, pero desde

1860 a 1862, aumentaron de 17 millones de *bushels* a 62 millones. Para Gran Bretaña, cualquier intento de intervenir a favor de la Confederación, y en consecuencia verse atrapada en una guerra marítima, expondría a su país a una hambruna sin precedentes<sup>14</sup>. Fue así que, para evitar verse atrapada o inmersa en las hostilidades, Inglaterra realizó inmediatamente de abiertas las hostilidades una “Declaración de Neutralidad” (mayo de 1861), que para sorpresa e irritación de la Confederación, se mantuvo a lo largo de todo el conflicto.

Por último, los “rebeldes“ secesionistas parecieron contar con una ventaja extra: el factor psicológico.<sup>15</sup> Con la crucial “excepción” del tema de la esclavitud, el Sur luchaba por una causa que se aparecía como enteramente noble: luchaba por su libertad, independencia y autogobierno, por sus hogares, familias y modos de vida; mientras que el Norte, en cambio, solo combatía “*por una idea y un sentimiento – el sentimiento de la Unión – que traducido en hechos, no parecía... cosa muy diferente de la conquista*”<sup>16</sup>. Para algunos historiadores, esto constituía una motivación suficiente para que los soldados sureños combatieran con un espíritu y determinación de los que los nortteños seguramente carecería por completo.

Teniendo en cuenta estos factores, el Sur no solo podía ganar la guerra, sino que podía hacerlo gracias a una cuestión meramente técnica: simplemente no perdiéndola, y/o continuando su existencia como Confederación una vez finalizadas las hostilidades. Luchando en su propio territorio, podía encerrar y aniquilar a las fuerzas de la Unión, tomar su capital *Washington* – que se encontraba a tan solo 100 millas de la capital Confederada, *Richmond* – y convencer a los nortteños de que el coste de la guerra era demasiado alto como para prolongarla en lugar de llegar a un acuerdo. En base a estas premisas, tanto las fuerzas sureñas como las de la Unión idearon una serie de estrategias



militares para poder alcanzar sus respectivos objetivos: unos, lograr la independencia de los Estados Confederados; los otros, conservar la unión de los Estados Unidos de América.

La estrategia ideada por el Presidente Davis consistió en establecer un “cordón defensivo” a lo largo de toda la periferia de la Confederación en un intento por defender territorio sureño, y prolongar la guerra lo suficiente como para hacerla demasiado costosa para el enemigo<sup>17</sup>. Por su parte, para ganar la guerra, la Unión - que por la naturaleza de la causa debía implementar una política “ofensiva” – debió acomodar sus planeamientos estratégicos a las condiciones geográficas sureñas. Los Montes Apalaches y el Río *Mississippi* dividieron a la Confederación en tres teatros de operaciones de características muy diferentes: el teatro oriental – al este – entre los Apalaches y el mar, encerraba a las dos capitales - *Washington* y *Richmond* - por lo que concentró las campañas y batallas más espectaculares; la región de los territorios situados al oeste del *Mississippi*; y el teatro occidental, al oeste de los Apalaches, que ofrecía tres codiciadas vías naturales de penetración hacia el sur (los dos grandes afluentes del *Ohio* inferior, el *Cumberland* y el *Tennessee*). Teniendo esto en cuenta, el General Winfield Scott – Comandante en Jefe de las Fuerzas de la Unión hacia 1861- ideó, a pedido de Lincoln, la llamada “Política de Anaconda” para romper la resistencia sureña. La misma establecía que una triple tarea debía ser llevada a cabo por las fuerzas de la Unión para “estrangular” al Ejército Confederado: dividirlo, estrecharlo y derrotarlo.

Si bien en un principio el plan delineado por el General Scott fue rechazado, a la postre sería adoptado tanto por Lincoln como por el futuro Comandante en Jefe de las Fuerzas de la Unión General Ulysses S. Grant (1864) para vencer a la Confederación.<sup>18</sup>

El mismo contemplaba:

- Un bloqueo naval a la línea costera de los Estados del Sur para impedir su abastecimiento de bienes provenientes de Europa.
- Una Campaña Militar para ganar el control del *Mississippi* y dividir a la Confederación en 2 partes.
- Establecer cuerpos del Ejército en puntos estratégicos con el objetivo de asegurarse el control de las principales vías de comunicación y aprovisionamiento, evitar la recuperación del Sur y finalmente invadir y conquistar su territorio.

El primer aspecto de esta política adoptado por Lincoln fue el de establecer un bloqueo naval a los puertos de la Confederación desde Carolina del Sur a Texas – para luego ser extendido a Virginia y Carolina del Norte - ; tarea nada fácil si se tiene en cuenta que la medida debía aplicarse a una la línea costera que alcanzaba los 5.700 kilómetros de extensión (3550 millas). El objetivo era impedir la entrada o salida de barcos de los puertos sureños y la captura de todos los navíos (neutrales u hostiles) que intentaran “romper” el bloqueo impuesto, para aislar por completo a la Confederación; en una medida que, por su magnitud y escala, se convirtió en una práctica sin precedentes en las operaciones navales del mundo<sup>19</sup>.

En un principio, el bloqueo se apareció como una tarea prácticamente imposible de ejecutar: hacia 1861 la marina norteamericana solo contaba 7600 marinos y 40 navíos, 24 de los cuales estaban en comisión y muchos otros se encontraban totalmente inutilizables. Fue por ello que el Gobierno Federal decidió emprender un gran programa de construcción de navíos (e incluso submarinos), adquiriéndose además barcos de ruedas, vapores, clíperes, remolcadores y hasta *ferries*. El poderío naval norteamericano se incrementó a 700 naves tripuladas por más de 50.000 marinos, que a partir de entonces tendrían la tarea de dividir y aislar al Sur, presionando sobre sus principales rutas fluviales y marítimas<sup>20</sup>.

Si bien durante el primer año lograron entrar y salir de los puertos confederados alrededor de 800 barcos, el bloqueo fue haciéndose cada vez más efectivo y políticamente exitoso, imposibilitándole al Sur el aprovisionamiento de material bélico y bienes de consumo provenientes de Europa. Y además, La Unión tuvo el beneficio de contar con el aporte de hombres como James B. Eads, quien improvisó una flota con espolones blindados que en el verano de 1862 destruyó toda la flota de defensa confederada que defendía *Memphis*, y tomó la ciudad; y del Capitán Andrew H. Foote, quien contribuyó con la construcción de cerca de 40 botes-morteros - pequeñas naves que llevaban cañones capaces de arrojar un proyectil de más de 100 kilos hasta 3 kilómetros de distancia - que causaron terribles daños a las ciudades fluviales que se hallaban sobre los acantilados que dominan el *Mississippi*.<sup>21</sup>

El bloqueo impuesto por la Unión le ocasionó a los norteamericanos menos fricciones con Gran Bretaña que las que la Confederación había supuesto, ya que el mismo se ajustó estrictamente a los principios ingleses de bloqueo de guerra que la Armada Británica deseaba ver respetados para poder aplicarlos en el futuro.<sup>22</sup> Fue así que, si bien la Confederación tuvo oportunidades de eludir el bloqueo impuesto, ante la falta de apoyo extranjero y la efectividad que alcanzó la medida, nunca se acercó siquiera a la posibilidad de romperlo.

Con respecto a la campaña militar, Lincoln adoptó dos medidas: por un lado, le ordenó a los generales Henry W. Halleck – establecido en *St. Louis* – y a Don Carlos Buell – en *Louisville* – que organizaran grandes ejércitos en el teatro de operaciones del oeste; y por el otro, le encomendó al Capitán David G. Farragut que se abriera paso por el río *Mississippi* para ocupar *New Orleans* y dividir así en dos a la Confederación. Halleck pudo recuperar *Tennessee* desde su posición, y la flota de Farragut (compuesta de 8 corbetas de vapor y 15 cañoneras de madera) embistió contra la cadena transversal

que obstruía el río y desafió los espolones blindados, las balsas en llamas y la flota de defensa del río para hacerse con el control del *Mississippi*. Las fuerzas de la Unión terminaron tomando posesión de *New Orleans*, la mayor y más rica ciudad de la Confederación, desbaratando así el control sureño del frente occidental.

En relación al tercer aspecto del plan de Scott, Lincoln no creía conveniente que los ejércitos aguardaran en diferentes puntos estratégicos esperando por la batalla decisiva; sobre todo luego de que la primera batalla de *Bull Run* (21 de julio de 1861) – que terminó con una aplastante derrota para la Unión – hiciera evidente que la guerra no sería un conflicto breve y de rápida resolución. El Congreso afirmó entonces su determinación de acudir a todos los recursos para aplastar a las fuerzas secesionistas y le otorgó a Lincoln la facultad de emitir un empréstito de 400 millones de dólares y convocar a 500.000 voluntarios por tres años o por lo que durase la guerra.<sup>23</sup> A partir de entonces, la táctica de “esperar al enemigo” fue descartada, y se adoptó la política de atacar en diferentes puntos en forma simultánea, en una guerra continua e ininterrumpida, que condujera a la destrucción total y absoluta de la Confederación.

Esta estrategia de la Unión para romper el cordón defensivo de la Confederación fue efectiva durante el primer año de enfrentamientos, en el que no solo se produjeron significativas victorias norteamericanas en el teatro de operaciones del oeste<sup>24</sup>, sino que el Ejército del Potomac – de 150.000 hombres – logró acercarse a *Richmond* para poner sitio a la ciudad. El Sur se vio entonces en la necesidad de abandonar su política enteramente defensiva y comenzó a llevar a cabo una estrategia “ofensivo-defensiva”: concentrarse en la defensa de puntos estratégicos, y utilizando las “líneas interiores” – especialmente las vías férreas - trasladar a las fuerzas sureñas con rapidez para defender puntos clave en la mira del Ejército de la Unión, y - de presentarse la oportunidad - ensamblar fuerzas para montar una ofensiva propia.<sup>25</sup> Esta estrategia – que ponía el

acento en la parte ofensiva más que en la defensiva – fue puesta en práctica por el más destacado general del ejército confederado, Robert E. Lee durante la campaña de invierno de 1862-1863.

Lee consideraba que una gran victoria sureña desequilibraría a la ofensiva nortea, y desalentaría sus intentos por preservar la Unión. Lee – que quedaría al mando del Ejército de Virginia del Norte de 60.000 hombres desde la muerte de J. E. Johnston - reconocía no solo que la Confederación carecía de los recursos humanos, materiales o financieros para sostener un conflicto prolongado, sino que dada la seguidilla de derrotas en el oeste, el sur estaba perdiendo la guerra. De esta manera, para el General virginiano se hizo evidente que la única forma de revertir la situación era teniendo una indiscutible victoria militar sobre el mayor ejército unionista (el del Potomac) que desmoralizase a la Unión y permitiera a la Confederación dictar las condiciones de paz que le otorgarían el reconocimiento de su independencia.<sup>26</sup>

Fue así que Lee tomó la iniciativa y comandó dos invasiones al Norte, pero que no resultaron en victorias decisivas. La primera se produjo luego de la Batalla de los Siete Días (26 de junio – 2 de julio de 1862) - que terminó con las fuerzas unionistas retrocediendo y alejándose de la capital que querían tomar, y logró que durante los dos años subsiguientes ningún otro ejército de la Unión estuviera tan cerca de *Richmond* -, en lo que fue la batalla de *Antietam* (septiembre de 1862). En ella, el Ejército del Potomac – comandado en esta instancia por el General McClellan – puso en jaque a las fuerzas de Lee, que avanzaban indefectiblemente hacia *Maryland* para atacar *Washington, Baltimore* o *Philadelphia*. Si bien desde el punto de vista militar este no fue un enfrentamiento decisivo, si tuvo importantes implicancias políticas: alejó todo peligro de que la Confederación fuera reconocida por el extranjero como país independiente, dio a Lincoln la oportunidad que deseaba para publicar la Proclama de

Emancipación (1 de enero de 1863) que otorgó libertad a todos los esclavos en áreas aún controladas por la Confederación<sup>27</sup>, y puso de su parte a la opinión del mundo liberal.<sup>28</sup> La mencionada proclama – considerada la más revolucionaria desde la Declaración de Independencia de 1776 –, aunque al principio no liberó a ningún esclavo dado que no se aplicaba a los Estados esclavistas leales (*Maryland, Kentucky, Missouri y Delaware*), si indicó que la esclavitud no sobreviviría al triunfo de la Unión; y además benefició enormemente al ejército unionista, ya que dio pie al enrolamiento de una gran cantidad de voluntarios negros: hacia el final del conflicto 180.000 habían servido en el ejército y otros 30.000 lo habían hecho en la marina.

Lee volvió a avanzar sobre el Norte por segunda vez, derrotando a los unionistas en *Fredericksburg* (diciembre de 1862) y *Chancellorsville* (mayo de 1863), batalla que le abrió el camino para la invasión de *Pennsylvania*, el corazón productivo del Norte, que lo obligó a luchar esa batalla fundamental que estaba buscando: *Gettysburg* (julio de 1863). Luego de 4 días de sangrientos enfrentamientos, las fuerzas confederadas perdieron la batalla de mayor envergadura jamás librada en suelo norteamericano, en lo que constituyó el momento culminante de la Guerra Civil en el frente central. Lee vio caer a la tercera parte de sus hombres, y el Ejército Confederado ya no pudo recomponerse – o lograr el apoyo político necesario – como para realizar un tercer intento de avanzar sobre territorio de la Unión; mucho menos aspirar a ganar la guerra o lograr su independencia. Poco después, las fuerzas sureñas, diezmadas y rechazadas, sufrieron un duro golpe cuando el Ejército comandado por General Grant tomó la ciudad de *Vicksburg* (Louisiana) luego de un sitio de 6 semanas que dejó un saldo de 10.000 muertos en cada bando. Las fuerzas norteñas controlaban ahora todo el valle del *Mississippi* y la Confederación estaba partida al medio, lo que le permitió a la Unión

concentrar todas sus energías en llevar adelante una estrategia final de conquista que pusiera fin a la guerra.<sup>29</sup>

Al comienzo de la guerra, la estrategia de la Unión había consistido en neutralizar a la Confederación al máximo posible, dividiendo y fragmentando su territorio, para por fin someter a cada una de sus partes. Hacia 1864, la Unión había logrado el control sobre el *Mississippi*, el Sur estaba dividido en dos (una de sus partes prácticamente controlada por las fuerzas unionistas), y en el oeste la guerra resultaba indudablemente favorable a la Unión. En esta instancia, el nuevo Comandante en Jefe del Ejército de los Estados Unidos, el General Grant (1864)<sup>30</sup>, decidió que llevaría a cabo una estrategia de “ofensiva final”, que consistiría en asestar “...*continuos golpes contra las fuerzas del enemigo y contra sus recursos, hasta que a fuerza de cansarlo, sino por otros medios, no le quedaría más remedio que la debida sumisión.*”<sup>31</sup>.

Para llevarla a cabo, Grant primeramente tomó la decisión de unificar a todas las fuerzas unionistas – que actuaban independientemente y sin consenso entre ellas - para poder utilizar el mayor número de tropas contra las fuerzas de la Confederación, en un ataque constante y continuo que les impidiera recuperarse, rearmarse y reorganizarse<sup>32</sup>. El grueso de las tropas – descontando aquellas requeridas para propósitos defensivos – quedó reducida a tres grandes ejércitos: el del Potomac para enfrentar a las fuerzas de Lee, las fuerzas dirigidas por el General Butler – que eventualmente se unirían a las fuerzas del Potomac - , y el Ejército liderado por el General William T. Sherman. Esta concentración de elementos permitiría emprender, gracias a la superioridad numérica nortea de dos contra uno – debida no solo a la gran merma de las fuerzas sureñas y a los altos niveles de deserción en el ejército confederado<sup>33</sup>, sino también a la mayor capacidad de relevo del Ejército de la Unión – dos ofensivas decisivas.

Grant pretendía utilizar el mayor miedo de Lee en su contra: producirle una gran cantidad de bajas a su mejor ejército, debilitar irremediablemente sus fuerzas, y ponerlo enteramente a la defensiva, coartándole toda libertad de movimiento<sup>34</sup>. Siguiendo esta premisa, desplegó una estrategia en dos frentes: un ejército comandado por el General Sherman – ahora Comandante en Jefe de los 100.000 hombres que conformaba el Ejército del Oeste – atravesaría Atlanta con destino a Georgia, y destruiría a su paso todo lo que encontrase que pudiera resultar útil al esfuerzo de guerra sureño (depósitos de víveres, cosechas, ganado, líneas de comunicación, vías férreas, propiedades, etc); mientras que Grant – al mando del más importante Ejército de la Unión, el del Potomac – procedería a una “limpieza” de la casi infranqueable región del *Wilderness*, al oeste de *Fredericksburg* (Virginia), para preparar el asalto final contra el Ejército de Lee y poder finalmente tomar *Richmond*.

Sherman logró ocupar Atlanta el 2 de Septiembre de 1864, paso que le permitió avanzar en dirección a *Georgia* y *Sabannah*, dejando un rastro de destrucción deliberada y sistemática. Por su parte, Grant - ejecutando una ofensiva constantes y una guerra de desgaste al mismo tiempo - logró empujar al ejército confederado hacia el Sur e impuso un sitio a la ciudad de *Petersburg*. Allí se había atrincherado Lee con su ejército – la técnica de guerra de trincheras desarrollada por las fuerzas confederadas a su mando llegó a un punto alcanzado en Europa recién en 1916<sup>35</sup>-, comenzando una especie de “guerra de posiciones” que solo finalizaría 9 meses después.

No solo las fuerzas de la Unión continuaron avanzando, ganando posiciones y ocupando las más importantes ciudades sureñas, sino que constantemente recibían nuevos refuerzos y aprovisionamiento. El ejército confederado, por su parte, se veía cada vez más afectado por su inferioridad numérica y por la pérdida de control de sus líneas de abastecimiento. La guerra se estaba definiendo irremediablemente y la



superioridad de los recursos del Norte se hacía cada vez más evidente y decisiva. Sumado a ello, y en una situación única entre todos los gobiernos democráticos antes de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos llevó a cabo en 1864 una elección presidencial en tiempos de guerra que contribuyó a definir el conflicto: la ocupación de Atlanta por las tropas de Sherman y la derrota del ejército confederado en Georgia aseguraron la reelección de Lincoln, quien ganó en todos los Estados que participaron menos en 3, obteniendo 212 de los 233 votos del colegio electoral; un impresionante voto de confianza de parte del pueblo norteamericano.<sup>36</sup>

La reelección de Lincoln, la falta de apoyo y reconocimiento extranjeros, la creciente presión y efectividad del bloqueo naval, el implacable y destructivo avance de Sherman, los incesantes ataques de Grant contra *Petersburg*, y el hecho de que hacia diciembre de 1864 - debido al bloqueo y a la política de destrucción sistemática de las fuerzas de la Unión - el Sur prácticamente estaba muriendo de hambre, fueron factores que acabaron con la Confederación. Para comienzos de 1865, la causa sureña se hundía rápidamente. Incluso la esclavitud se desmoronó: el presidente Davis envió en enero un mensaje a Europa ofreciendo la abolición a cambio del reconocimiento de su independencia, y el 25 de marzo se autorizó a enlistar esclavos y darles la emancipación si el propietario lo consentía.<sup>37</sup> A ello se sumó el hecho de que en el mes de abril, el Ejército de Grant aun contaba con 115.000 hombres, mientras que el de Lee no pasaba de 54.000. Si Lee no salía de sus trincheras, Grant podía envolverlo; pero si abandonaba *Petersburg*, tenía que caer la capital confederada. Al primero no le quedaba otra alternativa más que retirarse al oeste y reunirse con lo quedaba del Ejército de Carolina del Norte, que por su parte ya había llegado a un acuerdo con Sherman. Entre el 2 y el 3 de julio de 1865 Lee se escurrió de las líneas que ocupaba en *Petersburg*, y a la noche siguiente entraron en *Richmond* las fuerzas de la Unión. Grant continuó avanzando y Sheridan impidió el

escape del ejército confederado hacia el sur y el oeste. Había desaparecido la última esperanza de la Confederación.

Lee entendió que era hora de llegar a un armisticio y se rindió ante Grant en el Palacio de Justicia de *Appomattox* (9 de abril de 1864), rindiéndose poco después todas las demás fuerzas confederadas. El asesinato de Lincoln el 14 de abril, acometido por un fervoroso patriota sureño, puso de manifiesto la impotencia que inundaba al Sur: la Confederación estaba disuelta y la guerra irremediabilmente perdida.

Actualmente, los historiadores de la Guerra Civil Norteamericana sostienen que fue un conjunto de factores los que, sin ser determinantes en su individualidad, contribuyeron a la derrota confederada... o a la victoria de la Unión. Entre ellos – y sin haber un consenso en relación a la importancia o peso relativo de cada uno de ellos – se cuentan: la gran disparidad en recursos económicos, materiales, militares y humanos entre ambos bandos; el escaso poder humano de la Confederación disponible tanto para defender un territorio de esas dimensiones como para suplir las bajas producidas a lo largo del conflicto, que dejaron al ejército sureño en inferioridad de condiciones; una concepción errónea acerca de la probable (o posible) intervención extranjera a favor de la Confederación, y la postura adoptada por las potencias europeas – Inglaterra y Francia – a lo largo de la contienda; la calidad de los altos mandos confederados, que en última instancia no pudieron equipararse a la de los comandantes unionistas que eventualmente surgieron para ganar la guerra; el conjunto de estrategias y tácticas militares implementadas hacia el final de la guerra; las relaciones establecidas entre los presidentes de ambos bandos y sus oficiales militares; entre muchas otras.

La guerra terminó con una incuestionable victoria de la Unión, y el período que se abrió entonces – la Reconstrucción - marcó todo un nuevo capítulo en la historia norteamericana, fuertemente marcado por ese desenlace. El fin de la Guerra Civil puso

muchas cuestiones sobre el tapete que había que resolver: el tema de la esclavitud – finalmente abolida por completo por medio de la 13ª Enmienda de la Constitución de 1865 - y el problema de los negros en Norteamérica, las condiciones bajo las que se había logrado conservar la Unión y los problemas que implicaría enfrentar y atravesar el período de posguerra, la división de la vida política norteamericana en Norte, Sur y Oeste. Además, el costo de la guerra había sido colosal: el sur había quedado devastado y las muertes en ambos ejércitos – en el campo de batalla, por mala alimentación, enfermedad, heridas de guerra, malas condiciones sanitarias – llegaron a los 620.222, superando el número de bajas alcanzado en las dos Guerras Mundiales combinadas.<sup>38</sup>

El costo monetario fue aterrador, proporcionalmente superior al de la Primera Guerra Mundial, y hay quienes calculan que el costo total – durante el conflicto bélico y la reconstrucción – para el Norte y para el Sur es de más de 20.000 millones de dólares.<sup>39</sup>

Pero si algo logró tanta sangre derramada, tantas muertes, destrucción y sufrimiento, fue convertir, de una vez y para siempre, a Estados Unidos de una colección de estados, en una sola nación indivisible. De alguna manera, la Guerra Civil Norteamericana se constituyó en el “preludio” de una Nación. Como afirma Philip Jenkins, antes de la Guerra Civil, los Estados Unidos eran pensados “en plural”, y después de ella, Estados Unidos pasó a pensarse – y ser pensado – “en singular”. Y fue así como el más vital, sangriento y tumultuoso acontecimiento de la historia norteamericana logró convertir a una evidentemente precaria Unión de Estados semi-independientes; en una sola entidad, una verdadera unidad política, mucho más que la suma de sus partes. En una Nación en todo el sentido de esa palabra.<sup>40</sup>

---

<sup>1</sup> El 20 de diciembre de 1860, Carolina del Sur – al resultar electo el republicano antiesclavista Abraham Lincoln como presidente – decretó la secesión, comenzando una tendencia seguida por otros 10 estados. Poco después Mississippi, Alabama, Florida, Georgia, Louisiana y Texas se separaron, y el 4 de febrero de 1861, sus representantes se reunieron en Montgomery (Alabama) y conformaron una Confederación de Estados independientes del resto de la Unión: los “Estados Confederados de América”. con Jefferson Davis como presidente provisional. En un principio, en los estados de Virginia, Arkansas, Tennessee y Carolina del Norte se rechazó la secesión, actitud que solo perduró hasta el comienzo de la guerra.

<sup>2</sup> Las interpretaciones historiográficas acerca de los orígenes o causas de la Guerra Civil son muy diversas y han sufrido cambios substanciales a lo largo de los años. En términos generales, los historiadores “fundamentalistas” conciben a la esclavitud como el tema central en el conflicto entre norte y sur, mientras que el grupo de historiadores “revisionistas” objetan dicha interpretación y se inclinan por perspectivas más de tipo políticas, socioeconómicas o etnoculturales, dejando la cuestión de la esclavitud como trasfondo del conflicto. A este respecto, ver Abarca, María Graciela: “Las Causas de la Guerra Civil Norteamericana: Una perspectiva historiográfica”, en De Sur a Norte. La transnacionalización y sus consecuencias, Centro Regional de Estudios sobre Estados Unidos. Universidad de Palermo, Argentina. Volumen 1, número 1. Junio de 1996

<sup>3</sup> McPherson, James M. “Drawn with the Sword – Reflections on the American Civil War”. New York. Oxford University Press. 1996. pp. 113-136.

<sup>4</sup> McPherson, James M. “Could the South have won the war”, in The New York Review of Books, [www.nybooks.com/article/15481](http://www.nybooks.com/article/15481), March 2003.

<sup>5</sup> El censo de 1860 arroja los siguientes datos: el Norte contaba con 18.936.579 habitantes, mientras que el Sur se encontraba poblado por 5.449.467 hombres blancos y 3.521.111 esclavos. Los cuatro estados fronterizos contaban con 2.589.533 pobladores blancos y 429.401 esclavos, 100.000 de los cuales sirvieron en el Ejército de la Unión. Además, durante la guerra, 400.000 de los casi 1.000.000 de inmigrantes que arribaron al Norte sirvieron para las fuerzas federales.

<sup>6</sup> Alan Brinkley et. al. American History: a survey. New York. McGraw. 1991.

<sup>7</sup> Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commanger, William E. Laughtenburg. Breve Historia de los Estados Unidos. Fondo de Cultura Económica. México. 1980.

<sup>8</sup> Paul Jhonson. Estados Unidos. La Historia. Javier Vergara Editor. 2001.

<sup>9</sup> Sifakas, Stewart. Who Was Who in the Civil War. New York: Facts on File Publications., 1988.

<sup>10</sup> Ulysses Grant se graduó 21° entre 39 de su clase de 1843 en West Point, era veterano de la Guerra contra México, fue nombrado capitán en 1853, cargo al que renunció un año después para ser almacenero, granjero, empleado de comercio. W. T. Sherman se graduó en 1840 en West Point, sirvió en la Guerra de Seminole y en 1850 fue nombrado Capitán, pero en 1853 renunció para ser primero corredor de finanzas en California y luego abogado en Kansas, para finalmente convertirse en Director de la Louisiana Military Academy. G. McClellan: graduado en West Point en 1846, luego de muchos servicios prestados dejó el Ejército en 1857 para dedicarse a la ingeniería civil y convertirse en superintendente de ferrocarriles. G. A. Custer: recién graduado en West Point en 1861. Benjamin Butler: abogado criminalista. George Meade: graduado de West Point en 1835, dimitió para convertirse en ingeniero civil; reingresó al Ejército en 1842 y participó de la guerra contra México. Sifakas, Stewart. Op. Cit.

<sup>11</sup> P. H. Sheridan se graduó 34° entre 49 en West Point en 1853, sirvió en Texas y Oregón, y fue nombrado Capitán en 1861 y Comandante del 2° Cuerpo de Caballería de Michigan en 1862. Irvin McDowell se graduó en West Point en 1838, fue durante 4 años instructor de tácticas militares y era veterano de la Guerra contra México.

<sup>12</sup> Jacques Neré. La Guerra de Secesión. Eudeba. 1965.

<sup>13</sup> A este respecto, el historiador B. J. Hendrick afirmó que: “*Instead of making best use of this resource, the Davis government did everything in its power to make it useless*”. Cita en David Herbert Donald. Why the North won the Civil War. Touchstone. New York. 1996. Pág 19.

<sup>14</sup> Norman A. Graebner. “Northern Diplomacy and European Neutrality”. David H. Donald. Op. Cit.

<sup>15</sup> Richard N. Current. “God and the strongest battalion”. In David Herbert Donald. Op. Cit.

<sup>16</sup> Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commanger, William E. Laughtenburg. Op. Cit. Pág. 351.

<sup>17</sup> James M. McPherson. Battle Cry of Freedom – The Civil War Era. New York, Oxford University Press Inc. 1988.

<sup>18</sup> Patricia L. Faust. Historical Times Illustrated Encyclopedia of the Civil War. New York: Harper & Row Publishers, 1986.

---

<sup>19</sup> Aparte de su enorme magnitud, el bloqueo impuesto tuvo otras características que lo convirtieron en una práctica sin precedente en su tipo. Una fue la forma peculiar que tenía la costa que había que resguardar, caracterizada por una doble línea costera que permitía el acceso desde numerosas “entradas” a una complicada red de canales. En segundo lugar, la cercanía de puertos neutrales amistosos (Bermudas, Nassau, La Habana y Matamoras en el Río Grande) que devinieron destinos de todo el tráfico ilegal con el Sur. En tercer lugar, el monopolio algodonerero sureño que convirtió al bloqueo en una verdadera fuente de irritación para los navíos neutrales; y por último, pero no menos importante, la introducción de navíos propulsados a vapor para llevar a cabo la tarea. El éxito de la empresa puede ser mejor juzgado por sus resultados: durante la guerra, el bloqueo interceptó 1.149 barcos, 210 de los cuales eran grandes vapores; se contabilizaron 355 navíos quemados, hundidos, destruidos o confiscados; haciendo un total de 1.504 barcos; el valor de los mismos y de sus cargamentos fue al menos de 31 millones de dólares. James Russell Soley. “The Blockade and the Cruisers” (Chapter 2). New York. 1883. Published By: Digital Scanning, Inc. <http://www.civilwarhome.com/blockade.htm>

<sup>20</sup> James Kirby Martín, Randy Roberts, Steven Mintz Linda O. Mcmurry, James H. Jones, Sam W. Haynes. A concise history of America and its people. Volume 1 to 1877. Harpers College Publishers. 1995. // Paul Jhonson. Op. Cit.

<sup>21</sup> Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commanger, William E. Laughtenburg. Op. Cit.

<sup>22</sup> El único incidente realmente grave que ocurrió a causa de la medida ocurrió en noviembre de 1861, cuando el Capitán del buque norteamericano *San Jacinto*, Charles Wilkes (1798-1877), interceptó al vapor-correo británico “Trent” y capturó a dos agentes diplomáticos confederados, John Slidell y James M. Mason. Esto provocó una conmoción en Inglaterra pero gracias a la intervención del Secretario de Estado, William Seward, que ordenó la liberación de los hombres, la crisis fue superada rápidamente.

<sup>23</sup> Jacques Neré. Op. Cit.

<sup>24</sup> Entre ellas se contaron las batallas de Mill Springs (19 de enero de 1862), la de Fort Henry (6 de febrero de 1862), la de Fort Donelson (13-16 de febrero de 1862) y la de New Orleans (18-25 de abril de 1862).

<sup>25</sup> James M. McPherson. Battle Cry of Freedom – The Civil War Era. New York, Oxford University Press Inc. 1988.

<sup>26</sup> Ibidem.

<sup>27</sup> En la Proclama de Emancipación, Lincoln – en virtud de sus atribuciones como Jefe Supremo del Ejército y de la Armada – declaró que a partir del 1 de enero de 1863, todos los esclavos que se hallasen en cualquier estado o distrito “rebelde contra Estados Unidos”, quedaría libre, “entonces, en adelante y para siempre”. Richard D. Heffner. Historia Documental de los Estados Unidos. Ediciones Arayú. Buenos Aires. 1955.

<sup>28</sup> Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commanger, William E. Laughtenburg. Op. Cit.

<sup>29</sup> Paul Jhonson. Op. Cit.

<sup>30</sup> Lincoln le otorgó a Grant primero el mando Supremo de las Fuerzas de la Unión en el Oeste (octubre de 1863), y poco después – con el beneplácito del Congreso - lo nombró General en Jefe del Ejército Federal con el rango de Teniente General, distinción que no había sido otorgada a nadie desde Washington.

<sup>31</sup> Palabras de Grant. Cita en Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commanger, William E. Laughtenburg. Op. Cit. Pág. 390.

<sup>32</sup> Major General J.F. Fuller. The Generalship of Ulysses S. Grant. Indiana University Press. Kraus Reprint Co. New York. 1969.

<sup>33</sup> La desertión, tanto en el Ejército Confederado como en el de la Unión, era una falta muy común. Sin embargo, la evasión del reclutamiento en el Sur – que además tenía más dificultades que la Unión a la hora de conseguir gente - creció de tal manera que hacia fines de 1863, un tercio del ejército confederado estaba ausente. Charles Sellers, Henry May, Neil R. McMillen. Sinopsis de la Historia de Estados Unidos. Editorial Fraternal. 1988.

<sup>34</sup> Major General J.F. Fuller. Op. Cit.

<sup>35</sup> Paul Jhonson. Op. Cit.

<sup>36</sup> Ibidem.

<sup>37</sup> Samuel Eliot Morison, Henry Steele Commanger, William E. Laughtenburg. Op. Cit

<sup>38</sup> En el Ejército de la Unión murieron 67.058 personas en el campo de batalla, y 43.012 fallecieron por sus heridas; 224.586 murieron por enfermedades, 25.566 más por accidentes y causas diversas: un total de 360.222. Las bajas de los confederados en batalla probablemente llegaron a los 80.000 o 90.000, y las muertes por enfermedad a 160.000 o 180.000. Ibidem.

---

<sup>39</sup> Ibidem.

<sup>40</sup> “*Before de war, the common phrase was that the United States – plural – have or do something; afterwords, the correct phraseology was that the United States – singular has or does. The country was now a unity, more than the sum of its parts, and that, in the simpliest terms, it was what the war was about.*” Philip Jenkins. A history of the United States. McMillan Essential Histories. 1997. Pág. 145.